

El discurso académico o el vacío de una interacción lingüística sin pretensiones de sentido

Hugo Aguilar

hugda@yahoo.com

Universidad Nacional de Río Cuarto

Si "*la voluntad de poder es el fundamento para la necesidad de instauración de valores y el origen de la posibilidad de una valoración*" (Heidegger, 1943), el lenguaje es el instrumento de esa voluntad. Esa instrumentalidad está sostenida en la posibilidad de que el sistema lingüístico en funcionamiento sea capaz de alcanzar su dimensión trascendente, es decir, la referencia. Sólo desde esa dimensión será capaz de ejecutar sobre el mundo su capacidad performativa. No hay performatividad sin referencia, como no hay referencia posible sin la existencia previa del sistema lingüístico y su necesario recorte conceptual. La referencia es un fenómeno inherente al uso del sistema y no al sistema mismo y forma parte de una esfera diferente del fenómeno lingüístico: la dimensión enunciativa del lenguaje.

Palabras y Fenómenos

Aunque suene trivial, no es lo mismo hablar de palabras que de fenómenos. Cuando ingresamos en los dominios de cualquier disciplina científica esta proposición comienza a adquirir su verdadera dimensión ya que necesariamente implica problemas como los de la verdad, la capacidad referencial de un enunciado, la dimensión semántica de los lexemas o el del modo en que una simple palabra puede revelarse como un gesto exiguo pero definitivo en el destino de cualquiera de nosotros.

La lengua desde su modelo relacional, concéntrico y a la vez lineal (sintagmático y paradigmático diría Saussure se instala directamente entre nosotros y el mundo como un intermediario que jamás desaparece. Como afirmaba Benveniste:

"El lenguaje reproduce el mundo, pero sometiéndolo a su propia organización. Es logos, discurso y razón al mismo tiempo como lo vieron los griegos. Lo es por el hecho mismo de ser lenguaje articulado, consistente en una disposición orgánica de partes, en una clasificación formal de los objetos y los procesos. (...) Es, en efecto, en y por la lengua como individuo y sociedad se determinan mutuamente. El hombre ha sentido siempre -y los poetas a menudo lo han cantado- el poder fundador del lenguaje, que instaura una realidad imaginaria, anima las cosas inertes, hace ver lo que aún no es, devuelve aquí lo desaparecido." (Benveniste, 1963)

Ese poder fundador del que habla Benveniste ha tomado muchos nombres. Creemos que el que con más precisión revela la naturaleza del fenómeno es el de Performatividad.

No entraremos aquí en un tratamiento exhaustivo de la historia de la palabra, ni es nuestra pretensión aquí ofrecer una visión terminada y definitiva sobre el fenómeno. Nos reduciremos, más bien a presentar una definición que no por provisional resigna capacidad explicativa: definimos performatividad como la capacidad del lenguaje en

funcionamiento para instaurar realidades en el mundo. En ese sentido creemos que el fenómeno performativo constituye una dimensión constitutiva y constante del fenómeno lingüístico y no un rasgo aleatorio o secundario del funcionamiento de la lengua.

La Lingüística Saussureana, a partir de su concepción binaria del significado, bloqueó la posibilidad de especular sobre lo performativo, pero la Filosofía del Lenguaje, desde los planteos de Frege, Peirce y Ogden y Richards entre otros, instalan en el pensamiento occidental una concepción ternaria del proceso de significación que más allá de las disputas entre lingüistas y semiólogos, nos permite intuir el fenómeno del significado desde una perspectiva diferente aunque algo más compleja.

El abordaje de la dimensión performativa del lenguaje humano tiene sus antecedentes en los desarrollos teóricos de la Pragmática y de la Semántica. Estas disciplinas configuran un campo de tratamiento de la cuestión que se basa fundamentalmente en el debate que, originado en la Pragmática -Austin, Searle- discute la capacidad del lenguaje ordinario de instaurar realidades en el mundo.

De ese modo, el desarrollo de la Pragmática nos introduce en el planteo de la actividad o de la acción como una dimensión inherente al fenómeno lingüístico, en donde la dimensión social del lenguaje, dejada de lado por el estructuralismo al amparo de su imperativo epistemológico, es recuperada. A partir de este giro, la lingüística estructural se ve obligada a reconocer que su ámbito de estudio y su objeto es fundamentalmente de carácter semiótico. Decimos esto porque el signo, apartado de su vida social y recludo al ámbito inmanente del sistema de la lengua, se nos revela como carente de sentido, ya que la dimensión significativa del signo dentro de la lengua se resuelve como una relación opositiva pero sin contacto con el mundo. El signo adquiere su dimensión semántica como instrumento de generación de sentido, sólo instalado en la vida social, no antes. El punto de la convención fundante de significado social sostenido por Saussure es en sí mismo un problema teórico autónomo que requeriría de un tratamiento que excede los objetivos del presente trabajo.

Si sostenemos que el signo circunscripto a la lengua es meramente semiótico y que se torna semántico en el uso social, es allí, en el núcleo de la praxis social donde el lenguaje adquiere su doble potencialidad de significación: por un lado es capaz de nombrar al mundo, y por otro, es capaz de instaurar realidades en ese mismo mundo que nombra.

A la luz de las elaboraciones teóricas de las disciplinas lingüísticas, nos hemos acostumbrado a identificar la primera de estas potencialidades con la dimensión instrumental del lenguaje - el lenguaje puesto al servicio de la función de nombrar el mundo, supeditado a los fines de la comunicación y reducido a su valor de herramienta -. Sin embargo, sería interesante ampliar la mirada y pensar que también la segunda potencialidad, la de instaurar o de crear mundo, implica una instrumentalidad en la que el poder tiene un papel central: el lenguaje vive de las relaciones de poder, las refracta y las construye. El carácter performativo del discurso se sustancia así de dos modos complementarios: el enunciador instala un objeto en el mundo, el texto en su forma material como soporte del discurso -libro, instrucciones, tesis, clasificados, abstract, mensaje de chat, teoría, saludo, insulto, etc.- y esa aparición instala la posibilidad de la aparición del sentido desde el mismo momento en que la instalación del objeto material se produce. A su vez, el discurso es portador de las condiciones lingüísticas que le permitirán al receptor reconocer y proponer a partir del contacto con el texto un sentido posible que es en sí mismo una manera de la configuración del mundo. En ella se puede reconocer una matriz axiológica que diferencia esta segunda instrumentalidad de la primera, en su alcance, naturaleza y poder. Esta instrumentalidad secundaria ha sido tratada con precisión por algunos autores pero a la vez con un cierto grado de

ingenuidad. En la semiosis social los textos son instrumentos del sentido que generan y sostienen, pero ese sentido es dramáticamente elusivo, como lo son las condiciones pragmáticas que lo sustentan. Entre esas condiciones se encuentran también condiciones de textualidad que remiten a un determinado grupo humano, a un cierto momento histórico, a un pacto de lectura, a una competencia textual social y sobre todo a la distancia que media entre el texto y la intención pragmática de su enunciador. Esa intención pragmática es el origen de la segunda instrumentalidad del lenguaje. Precisamente en esta segunda instrumentalidad es donde reside el carácter performativo del discurso, que está íntimamente unido a la posibilidad de configurar un sentido posible.

Es en la semiosis social *"donde se construye la realidad de lo social. El mínimo acto en sociedad de un individuo, supone la puesta en práctica de un encuadre cognitivo socializado, así como una estructuración socializada de las pulsiones. El análisis de los discursos sociales abre camino, de esa manera, al estudio de la construcción social de lo real"* (Verón, 1993). Como seres humanos de existencia real e histórica, nos configuramos recíprocamente en el intercambio discursivo, construimos nuestras identidades personales y comunitarias atravesados por el lenguaje, con el que aprendemos a actuar, a valorar, a pensar. De hecho, en aquella proposición de Verón está implicada completamente la dimensión simbólica del hombre, como ese rasgo inherente a su naturaleza que lo distingue de resto de los seres vivos (Cassirer, 1968). El hombre, entendido como animal simbólico, ha diseñado una red de estructuras simbólicas que le han permitido sobrevivir en el mundo. El arte, el mito, la religión, la ley no son otra cosa que intentos desesperados de supervivencia que nos han permitido llegar hasta aquí. Pero, a la vez, esta profusión de redes simbólicas ha producido un hecho crucial para el hombre: carecemos de la experiencia directa del mundo. Nuestras experiencias están mediadas por las redes simbólicas que hemos construido para sobrevivir. Esas redes simbólicas constituyen matrices para el pensamiento y también para la percepción. En esa compleja red de redes que hemos tejido a nuestro alrededor se disputa, se debate y se delimita la posibilidad del sentido como el resultado de operaciones, juegos y rituales que caracterizan a cada ámbito del quehacer humano. De ese modo, el sentido es impensable sin la noción de performatividad.

La performatividad estalla así, como una dimensión inherente a la palabra, no como un agregado secundario, subsidiario, sino como un rasgo propio de la lengua en uso que convoca -incluso desde un punto de vista estrictamente lingüístico- no sólo la tensión teórica entre lo semántico y lo semiótico, sino también y sobre todo la reflexión sobre la verdad de la palabra.

Asistimos a procesos sociales en los que el sujeto se descentra de sí mismo porque la palabra como fuente y legitimación de las condiciones del mundo son el único contacto que tiene con él. Ese abuso descriptivo que ejecuta la palabra, se muestra no sólo como una forma del poder estatal, sino también como un mecanismo constante y perpetuo de poder dentro de toda interacción comunicativa. La negociación que constituye el centro de toda interacción es una disputa no sólo semántica, es sobre todo una disputa de roles sociales y de poder pragmático, o lo que es lo mismo: es una disputa sobre la posibilidad de influir o de ser influenciados por otros. En toda interacción, se ponen en juego no sólo sentidos referidos a la configuración momentánea de la interacción, ni sentidos cuya voluntad de construcción es completamente dominada por los hablantes, sino que se disputan sentidos que se construyen aún más allá de la voluntad de los mismos y referidos al mundo y a los demás. Se puede decir que comunicamos aún contra nuestra voluntad (Watzlawick, 1997) ya que no manejamos completamente todos los códigos que intervienen en un

intercambio lingüístico. No hay que olvidar que la interacción lingüística es uno de los modos más conspicuos de la interacción social y que es capaz de mostrar con bastante precisión los mecanismos sociales en los que se disputan imágenes, identidades y representaciones del mundo. En la disputa de esas representaciones del mundo flotan de manera soterrada pero siempre presentes al menos dos cosas: una matriz de lugares comunes sociales que constituyen el *buen sentido social o sentido común*, y un manojito de conductas aprendidas que mantienen en pie o al menos pretenden mantener en pie la interacción. La comunicación se construye sobre esos dos pilares sin los que la lengua no podría ejecutar su función social de articulación comunitaria. Pero es la lengua quien ha ayudado a construir esos lugares comunes y a transmitir aquellas conductas, mediante su función referencial, sus mecanismos de conceptualización y su capacidad de abstracción.

La referencia como fenómeno inherente al uso situado de la lengua, su dimensión performativa y su capacidad de conceptualización aseguran la potencia legitimadora del discurso. El discurso legitima y construye el mundo en el mismo gesto, ya que constituye en sí mismo una actividad social que es a la vez un mecanismo de interacción y un instrumento de poder que no le rinde cuentas a la verdad por sus palabras.

Discurso, Ideología y Silencio

En ese mundo dominado por la palabra, un caso particular llama nuestra atención por la repetición de algunas conductas, de algunos gestos y en fin de un *saber hacer* curioso en su forma de presentarse como discurso. Hablamos del discurso académico, entendiendo por tal al discurso que circula en el ámbito universitario en forma de artículos, papers o ponencias de diversa índole -como la presente-.

En el juego de espejos del proceso de interacción, el discurso académico se autolegitima como una palabra referencialmente acertada y legítima. Y pretende mostrar desde la imposición genérica de huellas, marcas, guiños y convenciones, el rostro adusto de la severidad aseverativa, cuyo máximo terror es el abismo metafísico en el que se sostiene: el propio lenguaje. En ese sentido, la crítica literaria académica puede verse como un desesperado intento de borrar la huellas genéticas de su origen metafísico al plantearse como un discurso otro, capaz de imponer la lógica de su propia naturaleza a los objetos que caen bajo su mirada, intentando en el mismo gesto la afirmación radical de su existencia. En ese punto necesariamente debemos preguntarnos acerca de la dimensión ideológica del discurso académico.

La gestualidad ritual del juego de discurso en que se mueven los textos académicos le impone a esos textos una forma de trascendencia institucional que recae directamente sobre la manera en que estos textos se relacionan con el sentido. Esta ritualidad es parte constitutiva de las condiciones de producción del discurso académico, razón de su circulación y matriz de sus condiciones institucionales de recepción.

Si como dice Verón "*la ideología puede caracterizarse como un sistema de reglas semánticas para generar mensajes*" aunque "*nunca puede localizarse una ideología en el plano de las proposiciones*" es claro que podríamos por un lado, pensar que "*una manifestación ideológica comprendería por una parte "textos" y por otra lo que se puede denominar "la organización del espacio social" que incluiría tanto los hechos arquitectónicos como el universo de los objetos de consumo que ocupan dicho espacio siguiendo distintas reglas y configuraciones.*" (Verón, 1971)

Por otro lado, siguiendo a Verón podríamos concebir una segunda noción del campo de la manifestación ideológica, *"lo que podemos llamar "procesos observables de acción social": los usos y costumbres; los sistemas de comportamiento definidos por ciertos marcos institucionales, profesionales o técnicos; los rituales; las conductas de consumo; los sistemas de acción política organizada; las pautas de interacción en el grupo familiar, en suma: una múltiple variedad de sistemas de acción que son susceptibles de "interpretación ideológica" (Verón, 1971)*

Ahora bien, el mismo autor sostiene que más que hablar de manifestaciones ideológicas *"convendría centrarse en el problema de la vinculación entre "las ideologías externalizadas" (bajo la forma de textos o de modalidades de organización del espacio social) con la acción, en la medida que ésta supone "ideologías internalizadas" en los actores, ideologías que, precisamente "orientan" la conducta." (Verón, 1971)* Es precisamente en este punto en el que el discurso académico se nos revela como un escenario privilegiado en que podemos reconocer esas relaciones atravesadas fuertemente por un ritualismo con rasgos específicos.

"Se podría decir que los ritos constituyen un sistema codificado específico, que permite a personas o a grupos, establecer una relación con una potencia oculta o un ser divino o con sus sustitutos naturales o seculares (ideales)" (Maisonneuve, 2005) Si reemplazamos al ser divino por la institución académica podríamos decir con Picard que *"la institución tiende a inducir una regulación y una codificación de las relaciones sociales que se traducen en una ritualización de la comunicación" (Picard, 1992).*

En ese sentido la imagen del discurso académico se nos revela dramáticamente diferente a como se nos presentaba hace más o menos una década. Ricardo Kaliman decía en ese momento y con respecto a la crítica literaria:

"¿La institución de la crítica literaria se acepta a sí misma como simplemente un campo de batalla en el que distintos discursos se enfrentan, con más o menos civilidad, en pos del poder?"

No exactamente. La institución de la crítica literaria sigue hablando desde la posición de un saber independientemente legitimado, sin el cual, obviamente, la necesidad de su permanencia, a los ojos que la ven "desde afuera", se volvería seriamente cuestionable. Sería irrisorio reducir esta situación a un acto de simulación o a un registro de mala fe. No se trata sino de los reordenamientos históricos de la academia en el seno de las formaciones históricas dentro de las cuales se articula su existencia misma. La diferencia que subrayo -sin duda positiva- consiste en que ahora algunos sectores actúan con conciencia de este estado de cosas" (Kaliman, 1993).

Hoy la situación parece mostrar un aspecto totalmente diferente. El discurso académico progresivamente se ha sumido en una ideología del silencio donde las disputas parecen cosa del pasado. Y esto no ha sucedido de un día para otro. Esta ideología del silencio posee dos ominosos tentáculos: por un lado, la circulación del discurso académico se ha convertido en un gesto burocrático cuyos protagonistas obvian el carácter lingüístico de la interacción comunicativa porque la finalidad que prima en dicha circulación es el cumplimiento de los requisitos mínimos que los sistemas de incentivos universitarios imponen al trabajo intelectual. Por otro lado, la retórica del *paper* ha sometido al discurso académico a una virtual disolución de la instancia de enunciación como afirmación identitaria. La búsqueda de legitimación académica en la palabra del otro -como lo venimos haciendo en este trabajo desde la página uno- arrincona hasta casi hacerla desaparecer a la voz del locutor que a duras pena asoma entre las citas de las palabras de quienes ya poseen legitimidad académica. Vivimos escondidos detrás de la citas de Wittgenstein diría Martín Kohan. Y en ese escondite

que hemos diseñado para cumplir con el ritual vacío de una palabra ajena, y que además nadie escucha, hemos renunciado al requisito fundamental de toda escritura: la afirmación de nuestra identidad por encima de las formas burocráticas del discurso. Del mismo modo que el sentido es como un vaso de agua fresca que se ofrece al caminante, si no hay caminante en el camino, ni sed en sus pasos, el vaso como el sentido no alcanza la existencia.

Cuando se disuelve la instancia del destinatario, lo que asoma en el horizonte es la ausencia de sentido, pero cuando desaparece también la instancia de la enunciación como afirmación de identidad, lo que se desvanece es la causa deontológica de la palabra. Si la palabra es trivial con respecto al sujeto que la ejerce no hay horizonte de sentido posible, ya que no hay una ética posible para esa palabra cuya enunciación ha quedado huérfana de responsabilidad humana. Allí crece el espacio para el artificio y el simulacro. Porque si toda escritura es una escritura del sujeto, el abandono de esa pulsión por el reconocimiento del sujeto en su escritura, convierte al ejercicio de la palabra en un acto notarial, burocrático, banal, intrascendente y posiblemente esquizofrénico.

Y así, el discurso académico se convierte lenta, pero inexorablemente en el ejercicio paradójico de una palabra que justifica su existencia en el ritual vacío de una interacción sin pretensiones de sentido.

La autoafirmación del discurso académico, entonces, y en particular el de la crítica literaria, que hasta no hace mucho se presentaba como un problema por resolver, hoy queda en un segundo o en tercer plano, lejos de la discusión, de la polémica o de la disputa, ya que carece de importancia en tanto se cumplan los pasos burocráticos que esta forma extraña de circulación discursiva ha impuesto como norma, como rito o como el gesto típico de esta ideología del silencio en la que estamos, al parecer, cómodamente inmersos.

De esa manera, el discurso académico renuncia incluso a su pretensión performativa inmediata, ya que al desaparecer del horizonte aquél que convierte al propio enunciado en un gesto alocutario, se desvanece antes de nacer la potencia de la palabra como configuradora del mundo. Esa renuncia es una de las formas más tristes del silencio, porque implica la aceptación pasiva de una versión ajena del mundo a la que acomodamos nuestros intereses particulares sin mirar más allá. Así, aquella renuncia se revela como uno de aquellos “procesos observables de acción social en tanto sistemas de comportamiento definidos por marcos institucionales” a los que se refería Verón más arriba y a la vez describe el ritual en el que se ha convertido buena parte de la comunicación académica: una interacción lingüística sin pretensiones de sentido.

Curiosamente, una vez cumplido el ritual, el efecto performativo a largo plazo se realizará de todas maneras, ya que recaerá sobre los antecedentes del locutor en forma de trabajo publicado, presentado o simplemente leído. Aunque claro, esto último, siempre lo puede hacer otro, ya que la presencia del autor es totalmente prescindible en el marco de los fines burocráticos de la academia. Y difícilmente podríamos llamar sentido a este pobre resultado final.

Quizás se podría argumentar que las condiciones del trabajo intelectual en Argentina nos han llevado a esta situación. Quizás se podría hablar de que elegimos jugar este juego y no otro y por lo tanto no hay lugar para reclamos. Quizás se podría aludir al estado de abandono en que ha caído la universidad pública. Son demasiados quizás para elaborar una certeza, pero lo cierto es que la idea de una palabra que se escribe para no ser leída o que se lee para no ser escuchada resulta al menos inquietante, si pensamos en la función social que cumplirían sus locutores al pronunciarlas.

Bibliografía

- AGUILAR, Hugo: "La dimensión performativa del lenguaje". En Jalif de Bertranou, Clara (Comp): *Actas de II Congreso Interocéánico de Estudios Latinoamericanos*. UNCu. Mendoza. 2003.
- AGUILAR, Hugo: "La Performatividad: dimensiones, trampas y puntos de vista" *Actas de Iras. Jornadas Abiertas: Discurso y Conflictividad Social en América Latina*. UNRC. Río Cuarto. 2004.
- AGUILAR, Hugo y BARONE, Adrián: "Performatividad y lenguaje formal". En *Intersecciones* Revista del Centro de Investigaciones Educativas y Sociales. IFDC-VM- 2005.
- AUSTIN, John: *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós. Barcelona. 1962.
- BARRENDONNER, Alain: *Elementos de pragmática lingüística*. Gedisa. Buenos Aires. 1982
- BENVENISTE, Emile: *Problemas de lingüística general*. Siglo XXI. México. 1985.
- CASSIRER, Ernst: *Antropología filosófica*. Fondo de Cultura Económica. México. 1968
- DUCROT, Oswald y Jean Claude. Ascombre: *La argumentación en la lengua*. Gredos. Madrid. 1998.
- DUCROT, Oswald: *El decir y lo dicho*. Paidós. Barcelona. 1986.
- HEIDEGGER, Martín: *Hitos*. Alianza. Madrid. 2001.
- KALIMAN, Roberto: "Sobre la construcción del objeto en la crítica literaria latinoamericana". En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XIX, N° 37. Lima. 1993.
- KERBRAT-ORECCHIONI, Catherine: *La connotación*. Hachette. Buenos Aires. 1983.
- : *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Edicial. Buenos Aires. 1993
- LYOTARD, Françoise.: *La condición posmoderna*. Planeta Agostini. Madrid. 1994.
- MAISONNEUVE, Jean.: *Las Conductas Rituales*. Nueva Visión. Bs. As. 2005.
- PICARD, Dominique: *La Interacción Social: Institución y Comunicación*. Paidós. Barcelona. 1992.
- RECANATI, Françoise.: *La transparencia y la enunciación*. Hachette. Buenos Aires. 1981.
- VAN DIJK, Teun: *El discurso como estructura y proceso*. Gedisa. Barcelona. 2001.
- : *El discurso como interacción social*. Gedisa. Barcelona. 2001
- VERÓN, Eliseo y Otros: *El Proceso Ideológico*. Tiempo Contemporáneo. Bs. As. 1971
- VERÓN, Eliseo: *La semiosis social*. Gedisa. Barcelona. 1998.
- : *Fragmentos de un tejido*. Gedisa. Buenos Aires. 2004.
- WATZLAWICK, Paul: *El lenguaje del cambio*. Herder. Barcelona. 1980.
- : *La realidad inventada*. Gedisa. Barcelona. 1995.